Una mujer con poder 'Doña Francisca Gamarra': "La Mariscala" [1]

Ana María da Costa Toscano*

> En su vida hubo ensueño, idealidad, quimera, Inquietud, epopeya, energía, ambición, crueldad, amor, ternura, crepitación de hoguera, clarinada de lucha y toque de oración...Tuvo alma de caudillo, de apóstol, de guerrero.
> *La Mariscala,* Valdelomar, 2000:604

A partir del siglo XIX, principalmente en los tiempos de las gestas de independencia y de la organización de cada país en Nación, surgen figuras femeninas relevantes que por un motivo u otro se convirtieron en guerreras y luchadoras de la libertad de sus respectivos países. Así, rompen con los paradigmas formados al salirse del espacio privado en el que estaban para asaltar el público y dejar de ser seres pasivos (Irigaray, 1974). Inclusive algunas tuvieron la oportunidad de apropiarse y abusar del poder, tal como lo hicieron las hermanas Ezcurra, en el período de Rosas en Argentina[2], y en los albores de la República peruana la Francisca Zubiaga y Bernales de Gamarra (1803-1835), que será fuente de nuestro estudio, entre otras.

---

[1] Parte de este artículo se leyó en el X Encuentro de Latinoamericanistas Españoles: *Identidad y multiculturalidad: la construcción de espacios Iberoamericanos* el 14 de mayo de 2004.

* Doctora de la Universidad de Salamanca. Profesora de la Universidad Fernando Pessoa, Oporto, Portugal. Coordinadora de la posgraduación en Estudios Latinoamericanos. Investigadora y traductora.

[2] Recuérdese la primera novela de la dictadura de Rosas *Amalia* (1855) donde el autor retrata a las hermanas Ezcurra, configurando de esta forma el verdadero estereotipo del estudio en curso. El recuerdo de la esposa muerta del dictador y su poder ejercido en esos tiempos y el de su hermana Maria Josefa como una apasionada defensora de su cuñado, el Restaurador, que se vale de la intriga y la complicidad de la servidumbre para conocer todos los actos de sus enemigos. Afirmaría Mármol que "Esas dos hermanas son verdaderamente personajes políticos de nuestra historia de los que no es posible prescindir, porque ellas mismas no han querido que se prescinda; y porque, además, las acciones que hacen relación con los sucesos públicos no tienen sexo". (Mármol, 1960:144).
En 1999 la escritora Vera PICHEL retrata la imagen de la esposa del dictador, como principal protagonista, a través de la novela titulada *Encarnación Escurra*. *La mujer que inventó a Rosas* (Buenos Aires, Editorial Sudamericana). En el mismo año se publica la novela de Carmen VERLICHAK: *María Josefa Ezcurra*. *El amor prohibido de Belgrano* (Buenos Aires, Editorial Sudamericana), que describe la historia de la cuñada del dictador y de su casa que actúo en la época como casa de gobierno paralela.

Como resultado del ambiente mencionado nació un "tipo de mujer" que fueron consideradas en su época como señoras rudas, con una espiritualidad limitada, inteligentes, dominantes pero que, al mismo tiempo, sabían conservar su feminidad. Participaron como espías infiltradas en los ejércitos, vistieron el traje militar, o sencillamente masculinizaron su persona como su nombre para poder entrar en las diferentes batallas de la época[3]. Todo este conjunto de situaciones provocó en el ambiente varonil actitudes de rebeldía y despreció ante sus figuras, lo que desencadenó un alejamiento alarmante dentro del entramado político de las páginas de la historia. Algunas de ellas fueron apenas nombradas y otras silenciadas. Dentro de ese silencio histórico, y a título de ejemplo, se encuentra el protagonismo cabal que tuvo la señora Manuela Sáenz, el último amor de Simón Bolívar, en las luchas de las arenas movedizas del poder por la independencia de las naciones americanas. Según investigaciones de Von Hagan, "la amable loca", como solían llamarla, había sido condenada al olvido a través de "un pacto de caballeros" realizado por los historiadores, al suprimirse oficialmente los documentos que la mencionaban y al destruirse casi todas las cartas de amor que le enviaba al libertador[4]. En el mundo de la ficción, Gabriel García Márquez la considera una mujer "astuta, indómita, de una gracia irresistible, y tenía el sentido del poder y una tenacidad a toda prueba" (1999:159)[5].

---

3 En Argentina se pueden verificar varias figuras femeninas que quedaron en la memoria colectiva o en la sencilla leyenda de los pueblos del litoral y del norte de dicho país. En este sentido tenemos nombres como Delfina Maturango, amante del caudillo Francisco Ramírez (1786-1821), conocida por su valentía en la lucha y, principalmente, porque el entrerriano muere para salvarla de una emboscada. La novela más reciente es la escrita por la autora ANZORREGUY Chuny: *La Delfina, una pasión*, Editorial Atlántida, Buenos Aires, 1999. Sin embargo, no podemos dejar de lado el papel protagónico que tuvo una de las mujeres más importante en la emancipación alto-peruana, la señora Juana Azurduy de Padilla, quien luchó con bravura y fue distinguida por el general Guemes con el título de *Teniente Coronela de la Independencia*, entre muchas otras que participaron en los hechos históricos de este país. En Chile aparece una figura importante de la sociedad santiaguina, la señora Javiera Carrera: "Mujer inteligente y dominante, supo oponerse a la rigidez de las autoridades impuesta en América [...] Temperamental, orgullosa e impaciente, difícilmente aceptó obstáculos a su voluntad ni contradicciones a sus opiniones. Ambiciosa, déspota por naturaleza, y sagaz en sus movimientos, supo acercarse al poder desde ámbitos no convencionales, y supo valerse de él para la acción". (Micale, 1997:8-32). En el año 2000 la escritora chilena Virginia Vidal recrea en su obra los avatares por los que pasó dicha señora considerada hoy como "la madre de la patria" por su compromiso político. Léase *Javiera Carrera. Madre de la patria*, Chile, Editorial Sudamericana, 2000.

4 Consúltese la novela histórica *Las cuatro estaciones de Manuela. Los amores de Manuela Sáenz y Simón Bolívar*, de Víctor W. Von Hagen, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1998.
Para Berta Wexler también hubo otro olvido histórico como fue la figura de Juana Azurduy que al celebrarse el centenario de su muerte y el bicentenario de su nacimiento (1960-1980), rescataron su figura dándole grado militar póstumo, nombrándola "heroína nacional" y proponiendo a la Comisión Interamericana que se la declare "heroína de las Américas". Esta nominación fue concedida por la Comisión Internacional de la Alianza de Mesas Panamericanas celebrada en Acapulco, México, en 1980. Véase el estudio de la autora (2001).

5 Léase también la novela de Silvia Miguens *La gloria eres tú*. Manuela Sáenz rigurosamente confidencial, Bogotá, Ediciones Aura, 2001. Como también el guión cinematográfico de Leonardo Padrón: Manuela Sáenz. Caracas: Ediciones Alter Libris, 2001.

Ante estos ejemplos podemos verificar que es a partir de los últimos años del siglo XX que vemos una especie de proceso de reconocimiento que se produce al rescatar del prejuicio y de un machismo historiográfico y literario la imagen de determinadas mujeres que revelan la audacia, el coraje y el atrevimiento político de muchas de ellas. La recuperación de sus figuras se produce a través de un elevado número de creaciones literarias, principalmente, novelas históricas que "nacen de un clima ávido por conocer el pasado propio que, o bien era desconocido, bien había sido narrado en términos inequívocamente masculinos" (Carrera Suárez, 2000:17), tal como apunta Isabel Carrera Suárez.

Es así como nos llamó la atención que prácticamente no se hayan realizado trabajos sobre un supuesto arquetipo de mujer a la que denominaremos tirana, dictadora o caudilla. Nuestro propósito será estudiar la posible existencia de una figura de mujer que toca valores que son tradicionalmente ocupados por los hombres dentro de las estructuras patriarcales y de los cánones del discurso masculino hegemónico. En este estudio sólo nos centraremos en la figura emblemática de Doña Francisca Zubiaga y Bernales de Gamarra, como una posible mimesis del arquetipo arriba mencionado y que fue recreada en el teatro peruano[6], en la novela histórica *Bajo el signo de la Mariscala* (1960) de Francisco Vegas Seminario, en determinados estudios de ensayo que se escribieron sobre su representación como *Una neurosis célebre. El extraño caso de "La Mariscala"* de Juan Lastres (1945) y *Pancha Gamarra, la mariscala,* de Carlos Patrón (1967), sin olvidar el ensayo de Flora Tristán *Peregrinaciones de una paria* (1838). Trabajos que nos mostrarán las diferentes formas en que actuó su figura ante el ritual del poder entre la historia y la literatura con el fin de allanar sus sentidos y que también nos revelarán las contradicciones más profundas que se adjudicaron a su persona.

El sabor del poder

Doña Francisca nace justamente en momentos en donde el ambiente del Perú estaba trazado por un período de transición y la tensión, en el aspecto político, superaba todas las expectativas de esa época. Alcanzó el poder en 1825 a través de su alianza matrimonial con el general Agustín Gamarra (1785-1841), gobernando con mano dura todos sus intereses en las guerras civiles que se produjeron en Perú. Flora Tristán (1803-1844) la describió como una mujer que supo engañar, mentir, intrigar y poner en práctica todo lo vedado para conservarse en el primer lugar. Conocida también por los apelativos de: mujer "cruel" y "neurótica", "Señora Prefecta",

---

6 Al hablar de teatro no podemos dejar de nombrar la obra de Abraham Valdelomar, La Mariscala. Poema dramático en seis jornadas y en verso escrito en colaboración con José Carlos Mariátegui, en 1912, para la compañía Mario. Lamentablemente sus piezas teatrales se encuentran incompletas como la que acabamos de nombrar. Véase Abraham Valdelomar. Obras Completas (edición, cronología, iconografía y notas de Ricardo Silva-Santisteban. Lima: Petróleos del Perú, 2000, 684 págs. Juan Lastres apunta que "el 17 de mayo de 1942 se estrenó en el Teatro Municipal de Lima una pieza de teatro titulada La Mariscala, escrita por el autor César Miró y el músico Luis Pacheco" (1945:7).

"Mariscala" - por su capacidad de mando y decisión en más de una oportunidad, inclusive llegando a ser superior a la de su marido el general Gamarra -, "Presidenta del Perú", "heroína de Piquiza" - cuando en 1828 se lanza al combate con sus tropas en la batalla contra Sucre en Bolivia -, "la Agripina peruana", "marimacho" y "emperatriz". Se la nombró también "Cleopatra" y "mujer fácil", por los numerosos amantes que se le adjudicaron, entre ellos, el célebre libertador Simón Bolívar[7], apodado como el "Mesías o el superhombre norteño" (Rizo Patrón, 1967:11), y cuya fama de Don Juan y galanteador circulaba constantemente por la sociedad de la época[8].

A Francisca Zubiaga le perturbaba de tal forma las habladurías de sus supuestos romances que, cuando los hombres le declaraban su amor, los rechazaba con desprecio y rabia, tal como cuenta Flora Tristán, entre las muchas historia que fue copilando sobre su forma de ser:

"¿Qué necesidad tengo de su amor? Son sus brazos los que necesito. Lleven sus suspiros, o sus palabras sentimentales y sus romanzas a las jóvenes. Yo no soy sensible sino a los suspiros del cañón, a las palabras del Congreso y a las exclamaciones del pueblo cuando paso por las calles" (Tristán, 1941:536).

La cuzqueña, fue comparada con "Cristina de Suecia", por su aparente vida intersexual y su famoso aspecto varonil - al respecto pensamos que dicha opinión se deberá al único retrato que se tiene de ella vestida con la ropa miliar - y con "Catalina la Grande" por su carácter. Para Ricardo Vegas García, ella entraría a la historia peruana por su vida aventurera y novelesca, comparándola con nombres tan notorios en la historia universal como "Isabel Tudor, María de Médicis, o de una gran Mademoiselle de Orleáns, la heroína de la Fronda, de una Catalina Sforza, la heroica madre de Juan de las Bandas Negras, enemiga implacable de César Borgia" (Vega García, 2001:36). No hay duda que conoció los halagos del poder, las críticas calumniadoras del pueblo y de la sociedad limeña, tal como las amarguras del exilio, como iremos retratando en este estudio.

La mimesis o imitación está presente en todas las culturas, por consiguiente, en el proceso de la labor literaria, el escritor creará una imitación de temas que presenta

---

7 Entre las habladurías incesantes de sus supuestos amantes, Bolívar fue el más conocido, aunque evidentemente no hay pruebas de ello. Sin embargo, García Márquez se haría eco de esto y lo explicaría en su novela diciendo que "la noticia lo sorprendió en la cama ajena de Francisca Zubiaga de Gamarra, una brava mujer de armas, esposa de un mariscal que más tarde sería presidente de la república" (García Márquez, 1999:160).

8 La historia del romance entre Bolívar y Doña Pancha comenzó a circular cuando el matrimonio Gamarra ofreció una cena para homenajear al libertador en la ciudad de Cuzco. La Mariscala mandó hacer una corona de oro con incrustaciones de brillantes alegando que era un obsequio de la ciudad por su presencia en la misma. Ella lo corona en público y según cuentan las habladurías dicha corona le quedaba grande a Bolívar. Pero el militar, ante la belleza de la señora Gamarra, le retribuye el gesto coronándola a ella en esa noche de sarao. Por consiguiente, circuló por toda la sociedad que entre ellos había más que una amistad.

una realidad que harán surgir repeticiones de diferentes moldes de arquetipos. Por esta razón, antes de exponer el tema, debemos enfrentarnos a las diferentes definiciones que surgen inmediatamente, tales como la mimesis de dictadora o, sencillamente, caudilla. Los significados están casi unidos por el mismo hilo conductor, es decir, se ejerce el poder, superioridad o fuerza en cualquier concepto o materia bajo una forma despótica, sin justicia y a su libre arbitrio (García, 2000:23-30). Pero la definición del poder[9] en sí resulta de una extrema dificultad y las razones de ello se deben, en parte, no sólo a la polisemia del concepto sino también y sobre todo a la sustancia del objeto a definir, lo que provoca una cierta ambigüedad del mismo dado que el poder surge en todas las actividades humanas. Por eso, para Weber (cfr Marx, 1990:15-18) es la relación social de imponer su voluntad, incluso contra la resistencia de la otra persona, lo que podría resultar amorfo desde el punto de vista sociológico y para Foucault (1999) es una pasión antropológica. Fernando Álvarez-Uría y Julia Varela afirman que

> "El poder se encardina en los cuerpos, en las prácticas, en los gestos de los seres humanos, pero también en los pensamientos, en las representaciones y en las racionalizaciones y hasta en el propio reconocimiento de nosotros mismos" (Foucault, 1999, t.II).

Tal como lo comenta la propia Francisca Garrama, meses antes de morir, en la única entrevista realizada por la señora Flora Tristán, para estar en el poder había tenido que

> "...suplir la debilidad de nuestro sexo, conservar sus atractivos y servirme y armarme, según las necesidades, del brazo de los hombres [...] ¡Oh! Las sangrientas humillaciones... que he debido soportar, he rogado, adulado, mentido; he empleado todo; no he retrocedido ante nada... y, sin embargo, no he hecho lo suficiente" (Tristán, 1941:322).

En este ritual de la confesión, doña Pancha nos muestra las relaciones que mantuvo con el poder, su discurso y principalmente la seducción que el mismo le provocó. Nos apoyaremos en lo que traza Jeremy Tambling con respecto a dicho ritual al aludir que "... en el confesionario siempre se destacan los pecados de la mujer, en otros términos, a la mujer se le pinta como transgresora, y también ella usaría el confesionario para poner en conocimiento sus pecados" y continúa enunciando que

> "...la historia de la confesión es la del poder del centro [y entiéndase por centro aquellos que controlan la sociedad patriarcal, los religiosos, etc.] que inducen a las personas en los márgenes [de la sociedad] a internalizar lo que se dice de ellas, y de aceptar aquel discurso y vivirlo, y de este modo vivir su opresión. La creación de la personalidad que confiesa se puede definir como la

---

9 Léase las diferentes definiciones del poder dentro del aspecto político y ético en la *Enciclopedia da Sociedade e do Estado. Antropología, direito, economia, ciências políticas*, Lisboa, Editora Verbo, t. IV, 1998.

producción del espíritu reactivo: se enfoca en la culpa, la debilidad y la necesidad de reparación. Produce, de hecho, la muerte del sujeto enunciador" (Tambling , 1990).[10]

Por eso, las revelaciones de la señora Gamarra nos hacen pensar que actuó casi siempre bajo el auspicio del unipersonalismo, la ilegalidad y, muchas veces y en determinadas circunstancias, bajo el signo de la crueldad. Inclusive, lo usó en una forma hiperbólica, cuando somete a su voluntad, dominio o capricho a otros, tal como afirman sus opositores, su autoridad "se soporta y no se disputa" (Lastres, 1945:178), y que será constante en las páginas de la ficción y de la historia. Sin embargo, debemos recordar que estas son las únicas palabras que encontraremos de ella, y que fueron transcritas por otra mujer, pero que difieren significativamente de lo que dicen los historiadores masculinos[11], al sufrir la voz femenina una cierta manipulación a través de la voz del hombre. Por esta razón, y tal como enuncia Jutta Marx (1990:15), cuando un hombre declara que "quiere poder" es sinónimo de un varón ambicioso que tendrá futuro, pero si lo afirma una mujer, provoca rechazo y, en el caso de la señora Gamarra, todo este conjunto le ocasionó calumnias y desprecios de parte de toda la sociedad de su país. Por lo tanto, tomó como instrumento para su actuación dentro del territorio del poder absoluto "una máscara", a la que se puede denominar 'máscara del poder', y que será utilizada para conseguir contradecir y escamotear determinados asuntos políticos en su beneficio y supuestamente para la libertad de su país. Se impuso vivir en los márgenes de los cánones sociales impuestos en ese momento para hacer valer sus derechos como gobernadora ante un mundo exclusivamente varonil.

Así, dentro de la trama de la novela de Vega Seminario podemos observar cómo los redactores de los pasquines[12] de su país masacraron su nombre al describirla como: "¡Dominadorísima! Al marido lo tiene en sus garras. Ella le señala el camino a seguir. Bien se puede asegurar que estamos gobernados por una mujer" (Vega Seminario, 1960:39). Dichos comentarios son el reflejo del marco de una sociedad patriar-

---

10 La traducción del castellano de la cita arriba mencionada es de mi autoría.

11 Entre las varias versiones negativas que se reúnen sobre su imagen como gobernadora la del historiador Riva Agüero es una de las más significativas al afirmar: "después que en el largo período de cuatro años y medio había Gamarra destruido todos los manantiales de industrias, de comercio, de agricultura y corrompido la moral del ejército, [...] y después de haber presentado al mundo el baldón mayor para los peruanos, cual fue el que la nueva mesalina, su mujer, gobernarse al Perú y su imbécil marido no fuese otra cosa que un instrumento por el que mandase esa miserable mujer", en *Memorias y Documentos para la Historia de la Independencia del Perú*. Lima: ediciones París, 1858, t. II, pág. 32.

12 Según Jorge Basadre entre fines del año 1832 y principios de 1833 se acentuó la polémica de los periódicos gobiernistas con los de la oposición. Los medios de comunicación más famosos de la oposición eran *El telégrafo de Lima* y *El Penitente*, "entre sus remitidos aparecían "la beata y el penitente" que en forma de diálogos en el mercado, en la plaza de armas o en alguna comilona decían, en estilo chocarrero tremendas cosas contra los personajes del gobierno [...] En forma velada e intermitente esta oposición también atacaba a la esposa de Gamarra, doña Francisca, contra la cual se vendían caricaturas y pasquines clandestinamente" (Basadre, 2000).

cal que relegaba a la mujer a un segundo plano y que, por consiguiente, no le perdonaba el haber tomado posesión del gobierno. Cada actitud de ella era una lucha constante frente al poder gubernamental de sus enemigos, la ley del hombre que imperaba en ese momento, la tradición y los convencionalismos tan profundos de una sociedad hipócrita.

No hay que olvidar que en el siglo XIX la imagen de la mujer estaba considerada como la de un ángel que debía cuidar de la familia, y cuyo papel se relegaba exclusivamente a ella y nunca a la política, pues eran valores designados por entero al varón. Durante este siglo se publicaron en la prensa varios textos sobre el papel de la mujer, aunque el artículo que presentamos de Manuel de la Reville tiene fecha de 1878 lo consideramos rico en su contenido por el valor que se le asignó al papel femenino dentro del ámbito político y del que fue duramente acusada Francisca Gamarra. Pues ella transgredió todas las reglas estipuladas a los paradigmas impuestos, dado que el destino de la cuzqueña supuestamente era

> "La vida familiar, el amor del esposo, el cuidado de los hijos, el gobierno del hogar. Para el hogar nació, en él están sus principios y su fin, y de él no puede apartarse, só pena de faltar a la ley de su vida y convertirse en monstruo ridículo o repulsivo, torpe caricatura del varón" (De la Reville, 1878:454).

Estas opiniones y dificultades expuestas fueron las que tuvo que enfrentar, dentro de un medio social hostil que se burló constantemente de su imagen, tal como lo demuestra a lo largo de la novela Vega Seminario, como de los diferentes ensayos que nombramos con anterioridad. El artículo inclusive continúa describiendo la falta de virtud que tendría una mujer frente a las actividades públicas, entre ellas la política, al afirmar que

> "[La vida política] exterior, agitada y ruidosa, mal se aviene con los quehaceres del hogar y el cuidado de los hijos. Fecunda en violentas pasiones, ocasionada a sangrientos lances, exigiendo del que a ella se dedica actividad incesante, enérgico carácter y valor personal a toda prueba, no es la más propia de un ser pasivo, tímido y débil como la mujer. Pronto borraría del alma de ésta los tesoros de delicadeza, sensibilidad y ternura que encierra, para sustituirlos con insaciables ambiciones, pasiones violentísimas y varoniles rasgos de energía que no cuadran con su carácter. Alejada del hogar doméstico apartada del cuidado de sus hijos, la mujer política invertiría en cábalas, intrigas, batallas parlamentarias y conspiraciones, el tiempo que debe dedicar a los goces del amor y de la familia. En esa abrasada atmósfera de la vida pública desaparecería su pudor y sus encantos; su alma se corrompería, su virtud correría gravísimos peligros y al ser ideal que hoy adoramos reemplazaría un ente monstruoso que sólo inspiraría aversión y desprecio. No se hicieron para agenciar votos, seducir electores, amañar intrigas, forjar cabildeos, perorar en congreso y clubes, o empuñar el fusil revolucionario, las que nacieron para ser el encanto de la vida" (De la Reville, 1878:163).

El concepto aquí expuesto es una muestra del pensamiento de la sociedad decimonónica que alejaba a la mujer del ambiente político. Como ejemplo de lo dicho en el artículo aquí expuesto, encontramos un pasaje en el libro de Flora Tristán muy revelador y que es un fiel reflejo de los mecanismos que presionaban y disciplinaban severamente a las mujeres. Así ante las excesivas reuniones políticas que se hacían en casa de su tío Pío Tristán por la gobernación despótica de Gamarra, su prima Carmen, le comentaría:

> "Florita, ¿qué necesidad tenemos, nosotras mujeres, de ocuparnos de los asuntos del estado, si no podemos ocupar ningún cargo, desdeñan nuestros consejos y nuestros grandes personajes no nos juzgan aptas sino para servirles de juguete o de amas de llaves? Encuentro que usted y Manuela son más que buenas en atormentarse por las tonterías cometidas por ese monje intrigante y ese imbécil general" (Tristán, 1941:181).

Dichas actitudes tan reaccionarias, como las que acabamos de presentar fueron el blanco de ataque por parte de historiadores, periodistas, militares y señores ante el desarrollo de la actividad pública y política de Doña Pancha.

Sin embargo, su figura marcó un hito importante en la historia política del Perú a principios del siglo XIX donde el caudillaje era señor de su tiempo en América del Sur. Así, pensamos que ella es la redefinición de una mezcla de caudilla y tirana heredada de la imagen de hombres tan célebres en su país como Felipe Santiago de Salaverry (1806-1836), Ramón Castilla (1797-1867) y su mismo esposo el general Agustín Gamarra. Ya el propio Valdelomar la definiría en su poema dramático como una mujer con "alma de caudillo, apóstol y guerrera" (Valdelomar, 2000:604), tres sustantivos que engloban muy bien la imagen que quiso legar. Por eso, su transformación se hace efectiva en pro de la lucha por la libertad y por los ideales de un destino mejor para su patria, sin importarle los medios a utilizar. Apoyándonos entonces en el concepto de caudillo, Francisca fue la jefa, ajena a un cuerpo de oficiales, que deshizo parte del gobierno central en Lima, cuando supo que el Vicepresidente Gutiérrez de la Fuente conspiraba contra su marido el general Gamarra, justo cuando este no estaba en Lima. El 26 de abril de 1831, la Mariscala lo destituye del poder y su huida por los techos del palacio se conoce en la historia peruana como la "Campaña de la chimenea"[13]. Así comenzó para la señora Gamarra un largo camino de luchas para extirpar los males del gobierno y se enredó en un drama belicoso y dominador, pues,

---

13 Todo este episodio será redactado por el propio Vicepresidente en un Manifiesto que se publicó tiempo después en Santiago de Chile. Sólo mencionaremos algunos párrafos que nos parecen importantes con respecto a la descripción que realiza sobre doña Pancha ante su sustitución, afirmando que "entró en mi despacho la mujer del Presidente, llorosa, abatida y empeñada en exigir de mí que le revelase el nombre de la persona que me había descubierto sus planes. Me resistí como debe hacerlo en semejante caso todo hombre de honor", para más adelante castigarla con palabras tan crueles como "la Mariscala, mujer superior, émula de Maria Casimira, la intrigante polaca, veía en el solio de la Fuente, el sillón propio de su esposo y lo defendía con astucia, con coraje, con intriga. A ella llegaban los devotos

según sus detractores "esa mujer lleva en la sangre el germen de la tiranía" (Vega Seminario, 1960:77). Empleó con astucia todo el arsenal político que tenía a su alcance tales como su equipo de espías, sus órdenes escritas en edítales, su participación en varios negocios de la administración, hizo sus espectáculos y entradas en las ciudades del Perú y dirigió desde los diferentes edificios gubernamentales sus propias tertulias, siendo siempre para muchos la "rectora intelectual y material del régimen" (Vega Seminario, 1960:77). Como prueba de los espectáculos que organizaba se hicieron eco de ellos, según Vega Seminario, nuevamente los periódicos de la época como los personajes de su propia novela histórica al describir la entrada del general Gamarra a la ciudad:

> "Realizará el acontecimiento la presencia de la ilustre esposa del prócer, doña Francisca Zubiaga y Bernarles. Está, pues, de plácemes [...] Lima entera se volcará en las calles, como lo hacía en las recepciones de virreyes, para glorificar al hombre que ha cimentado la paz interior y exterior. Le recomiendo asistir al monstruoso recibimiento, pues no tendrá oportunidad de presenciar otro parecido en su vida. Se lo aseguro" (Vega Seminario, 1960:26).

Carlos Rizo Patrón se hará eco de lo descrito anteriormente y dirá que en dicha entrada del año 1829 "los limeños no imaginaban que recibían al poder detrás del trono..." (1967:52). Como caudilla quiso mantener una línea de conducta patriarcal de gobierno y ese poder le dio un alto grado de individualidad. Así conquistó un territorio "no femenino", como era la institución gubernamental y el ejército de su país, que comenzó a llamarla "La Presidenta" y que, para Vegas García, sería "la única que lo sería de veras y más allá de lo tolerado" (Vega García, 2001:42). Por lo tanto, tomó un protagonismo cada vez más creciente que la dotó de actitudes "masculinas", durante un período de cuatro años, entre 1829 hasta 1833.

El pueblo siguió bautizándola con apodos tales como "la mandona", "la rabona", "la cantinera", "la mujer anónima" y "el coco de los peruanos". Consciente de este último apelativo y segura de su superioridad le diría en el barco a Tristán que "si el coco de los arequipeños le parecía digno de figurar en su diario, la gran coco del Perú ¿no debía también hallar un sitio en él?" (Tristán, 1941:320). Estas palabras dichas cuando se encaminaba a Chile, a un exilio del que no volvería, nos dan muestra de su carácter y forma de pensar. Sin embargo, continua altiva durante la entrevista declarando que se encuentra en esa situación por "no haber podido someter mi indomable orgullo a la fuerza brutal, que me veo prisionera aquí, arrojada y desterrada por los mismos a quienes, durante tres años, yo goberné..." (Tristán, 1941:322). Su voz nos muestra a alguien que no se doblega al poder ni al mando de otros y todo este conjun-

---

de Gamarra, los admiradores suyos, los galantes prebendarios, buscando el apoyo para ascender, o mantenerse en las posiciones conquistadas" (Rizo Patrón, 1967: 70 y 72).
A pesar de las vicisitudes por las que pasó con Francisca Gamarra, el general Gutiérrez de la Fuente será el único, fuera de su círculo, que la ayudará en su exilio en Chile y también en los últimos momentos de su enfermedad.

to se volvió en contra de ella misma.

Por lo tanto, como mujer consigue mantenerse como ser independiente y detentora no sólo del poder político de su gobierno sino también de los códigos establecidos por el hombre. Ella misma declararía que a medida que aumentaban las calumnias, todo la endurecía aún más, pues, "he querido hacerles ver que no tenía miedo ni a la sangre, ni de la muerte. Cada revés me hace más cruel..." (Tristán, 1941:328). Pensamos que sigue de esta forma una línea de actuar patriarcal, al salirse de los cánones impuestos por la vertiente materna al imitar, y apoyándonos en el término de Octavio Paz, "al macho" (1993:202-227), que representa el polo masculino de la vida, que humilló y, en determinadas ocasiones, destruyó en beneficio de sus ideales personales y patrióticos. Esa fue la esencia de su supuesta maldad, la de romper no sólo con la imagen de mujer débil y sometida establecida por las normas culturales para su sexo, sino también la de vestirse como militar, tal como iremos demostrando.

Ser soldado de la patria

Si bien el traje militar fue una forma de vestir adaptada por varias figuras femeninas[14] a lo largo de los siglos debemos pensar que las mujeres latinoamericanas también incorporaron dicha vestimenta ante las intensas luchas que existieron por la libertad e independencia de cada país[15]. Por consiguiente, Francisca Gamarra no escapará al estereotipo formado y tomará como instrumento para su actuación el traje militar, especialmente el de Mariscal. Para ella, vestirse masculinamente era necesario para obtener un derecho: el de ser respetada ante un determinado grupo de soldados de su ejército que llegó a venerar su posición, tal como lo comenta en su

---

14 La vestimenta varonil irrumpe en la escena europea, principalmente en los siglos XVI y XVII y según estudios de Carmen Bravo-Villasante dentro del prolífico fenómeno literario existen dos tipos de señoras disfrazadas de varón: el de la enamorada y el de la guerrera, personaje más hombruno y que con cierta frecuencia rechazaba su propio sexo y solía huir de los hombres, que es el caso que nos interesa. Entre las más conocidas tenemos a Marfisa, personaje importante del poema de Ariosto, Orlando innamorato (1516), como prototipo de la guerrera; dentro de dicho núcleo se puede mencionar también a Catalina Sforzsa que defendió con vigor la ciudad de Forli. Sin olvidar a Catalina Erauzo, la monja Alférez, entre muchas otras. Consúltese el articulo de Bravo-Villasante, 1988.
Durante el siglo XIX la socióloga y ensayista gallega Concepción Arenal (1820-1893) para salir del analfabetismo y del mismo anonimato se viste de hombre para poder ir a la universidad. Por esas mismas épocas aparece la figura emblemática de George Sand, seudónimo de Amandine Lucie Aurora Dupin (1804-1876), quien también utilizará la vestimenta varonil durante casi toda su vida y que la convertiría en la primera mujer de la edad moderna que se rebeló contra los prejuicios imperantes en ese momento.

15 En América Latina se encuentran figuras como Juana Arzuduy que adoptó el traje militar para sus batallas formando su propio ejército de amazonas y el traje del Batallón de los Húsares de Manuela Sáenz para los mismos objetivos. "La Libertadora", como era llamada, se la distinguió como teniente, capitana y coronela del ejército emancipador. San Martín la condecora con la Orden del Sol "y le decían Caballaresa del Sol [...] Antonio José de Sucre, cuando informa el triunfo de Ayacucho al Libertador destaca el heroísmo de Manuela y pide a Bolívar que la nombre coronel del ejército colombiano". (Callón, 2002:5-31).

vejez el coronel José Manuel Pereyra al confesar que “Doña Pancha, a quien admiré muchas veces vestida de amazona, a la cabeza de un regimiento, era una hermosa mujer [...] El ejército la adoraba” (Lastres, 1945:165); mientras que otros aborrecieron dicha situación. Así, dejará para la posteridad una imagen contradictoria de dama-militar. Vega Seminario la ilustra, a través de la voz de su personaje 'el viejo Olavide', como una señora

> “...bella y culta, es hembra de armas tomar. Lo probó en la campaña de Bolivia, en la cual estuvo al lado de su marido, vistiendo el uniforme militar. Porque maneja el sable como el mejor espadachín, la lanza como Nieto y la pistola con el arte de un experto tirador. Jinetea a horcajadas en briosos corceles y la sugestionan las jugadas de gallos y las corridas de toros” (Vera Seminario, 1960:32).

Parece ser que la vestimenta militar le facilita todo tipo de situaciones como las descritas y eleva aún más su imagen varonil, como una estrategia transgresora y subversiva a la resistencia del régimen patriarcal. Por lo tanto, el acto de viajar de una identidad a otra, es decir, de la femenina a la masculina, la conduce por caminos prohibidos como mujer, pero al mismo tiempo le permite adquirir una movilidad social dentro de la soldadesca peruana, desanimada y hambrienta, que intenta un motín. Con respecto a este episodio, se cuenta que al ser informada de la revuelta rápidamente se dirigió al cuartel vestida con el uniforme militar y se presentó a los rebeldes con una fusta en la mano y una bolsa de dinero en la otra y les gritó la célebre frase: “¿Cómo? ¿Ustedes, mis cholos, contra mí? (Rizo Patrón, 1967:52). La muy nombrada anécdota no tiene ninguna fuente documental, sencillamente es el producto de la tradición de la época. La historia la hará pasar como la única mujer que supo dominar una rebelión en el Perú. La ropa militar le otorga así una autoridad y libertad masculina para actuar en momentos clave para el interés y la vida política de su patria. Sin embargo, no consigue articular el rol de vestirse como dama y le diría a Flora Tristán que

> “...me encuentra muy ridícula con mi grotesca indumentaria [...] estos vestidos no son míos. Usted ve allí a mi hermana, tan gentil [...] esta mañana los ha traído y me ha suplicado ponérmelos para darle gusto, así como a mi madre y a los demás. Esas buenas gentes se imaginan que mi fortuna podría rehacerse, si yo consintiera en usar vestidos llegados de Europa. Cediendo a sus instan-

---

Delfina Maturrango, la Delfina y amante del caudillo Francisco Ramírez, usaba ropas que, según María Esther de Miguel “testimoniaban su destino femenino y marcial.. Vestía, como lo haría siempre, bombacha de color azul y una chaqueta roja ceñida al talle. Botas de montar apretaban sus piernas y la extraña indumentaria resultaba atenuada en su rigidez por el chambergo, adornado con femenina pericia: una pluma de avestruz aprisionada en la cinta. Lugones la recordaría:'Lleva traje oficial / Bombacha y dormán punzó/ Y un espadín de parada/ con una faja de gro'”. (María Esther de Miguel, 1999:57).
Años más tarde Elisa Alicia Lynch, una irlandesa que vivió varios años en Paraguay, también utilizó el traje militar de los paraguayos cuando se inició la guerra de la Triple Alianza.

cias, me he puesto este traje en el cual me siento molesta, esas medias que son frías para mis piernas, ese gran chal que temo quemar o ensuciar con la ceniza de mi cigarro. Me gustan los vestidos cómodos para montar a caballo, soportar las fatigas de una campaña y visitar los campos, los cuarteles y los navíos peruanos. Son los únicos que me convienen. Desde hace mucho tiempo, recorro el Perú en todas direcciones, vestida con un largo pantalón de tosco paño fabricado en el Cusco, mi ciudad natal, con una amplia chaqueta del mismo paño, bordada de oro, y con botas con espuelas de oro [...] Tengo también una gran capa un poco pesada, pero muy abrigadora; fue de mi padre" (Tristán, 1941:21).

Es evidente que el traje militar es el que más le asienta para sus luchas en el campo de batalla y para reivindicar la fuerza de su poder ante la cúpula militar. Tal como plantea Judith Butler, las posibilidades de la identidad del género y el cambio sexual es una performance y, como tal, susceptible a múltiples interpretaciones (1991:230). Sin embargo pensamos que su comportamiento y la ropa de mariscal significaron un desafío subversivo a la masculinidad de una parte del ejército peruano que no le perdonó nunca dicha trasgresión.

Doña Francisca, al vivir en ese *mundus inversus*, fue maldecida no sólo por el dominio masculino sino también por las mismas mujeres que no aceptaron nunca su posición ni su poder, pues la vieron como un símbolo negativo hacia sus propias tensiones, contradicciones y opresiones inherentes a su identidad femenina. Como presidenta y mariscal, representaba la ruptura hacia todo lo deseado, dado que como mujer desafió los usos de la época y adquirió una voz y mando público que ellas nunca alcanzarían, pues ese derecho les estaba vedado por las estructuras lesivas del patriarcado del que no querían, tal vez, romper sus cadenas llenas de prejuicios. Entre los varios comentarios y conjeturas que quedaron al respecto vale la pena comentar el que recogió Flora Tristán cuando tuvo una conversación con la señora Denuelle:

"Vengo, por el contrario, a hacerla reír. Estoy segura de que son sus visitas al Callao las que le han hecho daño. Esa Doña Pancha ¡Gracias a Dios, ya estamos libres de ella! ¡Oh! ¡Qué mala mujer!

- ¿Cómo puede usted juzgarla así?

- ¡Por Dios! No es muy difícil. Un marimacho más audaz que un dragón de guardia, que abofeteaba a los oficiales, como podría yo hacerlo con mi negrito.

- ¿Y por qué esos oficiales eran tan viles como para soportarlo?

- Porque ella era el amo y distribuía los grados, los empleos y los favores" (Tristán, 1941:338).

No hay duda de que todas las calumnias que anteriormente veníamos enunciando como la escrita aquí, constituyen instrumentos de venganza, el arma del rencor o de la envidia de algunas señoras/es. Sin embargo, Flora Tristán llegó a idealizar y admirar la vida de la Mariscala ante los múltiples comentarios y discusiones políticas que se realizaban en casa de su tío Pío Tristán. En su libro retrata que

"Asaltada, cuando estaba sola, por siniestras reflexiones me representé las numerosas victimas a quienes habría de inmolar para lograr apoderarme del poder y conservarlo. Trataba en vano de hacerme ilusión, con los hermosos planes de felicidad pública con que construía la quimera" (Tristán, 1941:180).

Es evidente que el carisma que despertaba la cuzqueña era un símbolo de libertad ante la vida pacata y severa de la sociedad arequipeña donde vivió la autora y que hacía silenciar las voces contestatarias femeninas de esa ciudad[16], entre ellas, la de la misma Flora.

El fin de un poder

Francisca Zubiaga indudablemente, llegará a fundirse en un largo camino de persecutoria y perseguida. Sin embargo, veremos como en la decadencia de sus poderes se convierte en un ser perseguido por sus actos, justo cuando toca el extremo de su poder provocando con esto la ruptura del mismo a través de un nuevo cambio dentro del sistema político y, tal como enuncia Timoteo "sentí pena, infinita pena por esta mujer extraordinaria, cuyo orgullo y avidez de mando la habían hundido en el más humillante infortunio" (Vera Seminario, 1960:184). La Mariscala, ante la revolución liderada por Lobatón, Arismendi, Landauria y Rivero, fue expulsada de Arequipa. Su poder coercitivo impuso medios tan violentos que debió huir de Lima disfrazada de monja alférez, tal como lo había hecho siglos atrás Catalina de Erauso, con quien fue constantemente comparada y burlada en el teatro de la época[17].

Los diarios más conocidos del momento como El Telégrafo, El Convencional, El Playero y el Teniente, aprovecharon la huida de doña Francisca para ensañarse y vejar su nombre de una forma bastante cruel. Los odios se cargaron de tinta hacia su persona. Entre las muchas caricaturas, chistes, epitafios y panfletos que circularon durante 1834, sólo resaltaremos dos ejemplos como fieles representantes de la voz de un pueblo hipnotizado de ira

"Aquí yace, viajero, una inclemente,
cuya vida en los crímenes ha empleado
por un punto en tu vida aquí detente
considera esta tumba con cuidado.

Aquí yace la mujer más insolente

16 Entre las voces silenciadas se encuentra el extraño caso de la prima de Flora Tristán, la monja Dominga Gutiérrez que provocó un gran escándalo en 1831. Consúltese el libro de Sara Beatriz Guardia, (2002:157).

17 La pieza teatral se titulaba *La monja alférez*, del escritor español Juan Pérez de Montalbán y había sido censurada por el juez don Justo Figueroa. Circularon varias versiones sobre su puesta en escena en pleno gobierno de doña Pancha, entre ellas que el Vicepresidente de la Fuente dio su autorización para su exhibición, más tarde ante los problemas que representó diría que no sabia de la tal censura.

que en los siglos el mundo hubo tenido
otra más criminal jamás ha habido" (Rizo Patrón, 1967:117).

El editor Juan Calorio, que fue víctima de una fuerte paliza durante el gobierno de la señora Gamarra, escribiría al saber de su huida

> "¡Venganza, venganza, claman las madres de las heroicas víctimas de Huaililachuco y Porongoche!!! ¡La Zubiaga esa hidra horrible que recorría el 28 de enero las rebeldes filas para excitarlas a la matanza del indefenso pueblo!!! (Rizo Patrón, 1967:116).

A través de la lectura de las agresiones presentadas podemos sentir la voz masculina que será la que enjuiciará su persona, y que Francisca Zubiaga no respetó. Dicha actitud la perseguirá a lo largo del tiempo como una marca indeleble para toda la posteridad. De esta forma Doña Pancha cumple con la consigna que llevan los dictadores: la de perseguida, repudiada y exiliada. No obstante, tendrá siempre a su lado a un gran amigo que no la abandonará jamás, el coronel Bernardo Escudero, su protector, que le expresó a Flora Tristán unas palabras muy significativas sobre ella

> "...la señora Gamarra, en su desgracia, tiene derecho a mi abnegación. Mientras esta mujer esté prisionera, desterrada y repudiada por todos, debo seguirla a su prisión, a su destierro y ser todo para ella" (Tristán, 1941:319).

Francisca Zubiaga murió poco tiempo después de haber partido al exilio en Chile, en la ciudad de Valparaíso, el 8 de mayo de 1835, a la edad de 32 años. El ritual que realiza ante su muerte, según la leyenda, es muy significativo, pues pide comulgar y solicitó que la dejasen en su habitación hasta el día siguiente:

> "Sola, se cambió de ropa, vistiose toda de blanco, redactó un lacónico testamento en el cual declaraba ser cristiana y ordenaba que su corazón fuese extraído, y enviado donde su esposo, si aún vivía, y sino al Cusco" (Buroncle, 1948:81) .

No hay pruebas de lo referido en dicha cita, dado que no se sabe dónde está enterrada y menos aún que su corazón haya sido extirpado de su cuerpo, por los motivos mencionados. En el testamento de la Presidenta, que se puede leer en el ensayo de Lastres, entre los varios ítens que tiene, declara que "desea que una vez muerta me entierre como pobre de solemnidad con solo una misa de entierro menor y el gasto que debería hacerse en funerales se aplique al Hospital de pobres de esta ciudad"[18]. Pensamos que Buroncle se basó meramente en una leyenda escrita por la señora Clorinda Matto de Turner en su libro *Tradiciones cuzqueñas y leyendas* (1884).

Así, la figura de Francisca Zubiaga y Bernarles de Garrama ha sido objeto de

---

18 Consúltese el testamento de Doña Francisca, como también la carta tan emotiva que redacta su hijastro varios años después de su muerte. (Lastres, 1945: 235-247).

múltiples interpretaciones historiográficas y literarias, que difieren tanto unas de las otras a través de rupturas, tachaduras y olvidos entrecruzados. A más de 168 años de su muerte, sigue provocando un cierto resquemor en los ambientes más conservadores, pues dejó en la memoria de su país las infamias y maldades de un respetuoso terror que inspiró una leyenda que no fue de gloria sino de una universal fama de la perversidad de su poder. La Mariscala pasará por las páginas de la historia como una luchadora que rompe con los códigos impuestos. Para nosotros es un modelo de supervivencia en la toma de decisiones tan fuertes dentro del ejército como en el mismo gobierno. Puso a disposición de su patria su intuición, su inteligencia, sus habilidades políticas y por ello fue sistemáticamente maldecida. Y, como afirma Patrón, condenada a ser discutida por vida (Rizo Patrón, 1967:153). Tuvo un papel heroico en el devenir de su país, pero fue olvidada en la recuperación de la labor histórica femenina, pues no hemos encontrado, hasta la fecha de nuestras investigaciones, ninguna obra literaria que desenmascare la relación íntima entre discurso e ideología[19]. Así su figura queda impregnada en esa leyenda negra de mujer mala, cruel y poderosa, al convertirse al mismo tiempo en un personaje fantástico y monstruoso. Estos fragmentos de los discursos escritos que hemos presentado en diarios y libros, arrastraron a Doña Pancha a formar parte de las filas de los personajes oscuros de la historia y de la misma realidad peruana de la que formaba parte. Por consiguiente, las palabras y burlas periodísticas han sido el motor de engaños, trampas e intrigas hacia su persona. Sin embargo, todo lo escrito por la historia y la ficción lo obtenemos a través de las declaraciones impuestas que suponen el juego del poder y su relación con el mismo. A nosotros nos queda una cierta duda de la verdad de los hechos sobre su perversidad, en donde se entremezcla lo real con la ficción.

Bibliografía

ÁLVAREZ-URÍA, Fernando y VARELA, Julia. “Introducción a un modo de vida no fascista”. En: *Estrategias del poder.* Barcelona: Editorial Paidos, 1999, t. II. pp. 9-25.

BASADRE, Jorge. *La iniciación de la República: contribución al estudio de la evolución política y social del Per*ú. Lima: ediciones UNMSM, Fondo Editorial, 2002, 2 t; .Edición electrónica, s.f. https//sisbib.unmsm.edu.pe.

BRAVO-VILLASANTE, Carmen. “La mujer vestida de hombre en el teatro español”. Revista Occidente, Madrid, 1988, págs. 44.50.

BURONCLE, Jorge Cornejo. “Francisca Zubiaga”. Revista de Letras, Universidad Nacional de Cusco, 1948.

19 Las últimas investigaciones que hemos recogido a la que incluimos la única novela sobre ella datan de 1967.

BUTLER, Judy. *Gender trouble: feminism and the subversion of identity*. New York: Routledge, 1991.

CALLOONI, Stella. "Manuela Sáenz: la amante eterna de la libertad". En: *Pasión y coraje. Mujeres de la América profunda*. Buenos Aires: Ediciones Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, 2002, pp. 5 y 31.

CARRERA SUÁREZ, Isabel. *Mujeres históricas, mujeres narradas*. Oviedo: Universidad de Oviedo, KRK ediciones, 2000.

FOUCAULT, Michel. E*strategias del poder*. Barcelona: Editorial Paidos, 1999, t. II.

DE LA REVILLE, Manuel. "La emancipación de la mujer". Revista Contemporánea, Madrid, 1878.

DE MIGUEL, María Esther. "Don Pancho Ramírez, supremo entrerriano". En: *Historia de caudillos argentinos*. Buenos Aires: Alfaguara, 1999, pág. 57.

GARCÍA, Juan Carlos. "Orígenes y desarrollo histórico del concepto". En: *El dictador en la literatura hispanoamericano*. Chile: Mosquitos Editores, 2000, pp. 23-30.

GARCÍA MARQUEZ, Gabriel: *El general en su laberinto*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1999.

GUARDIA, Sara Beatriz. *Mujeres peruanas. El otro lado de la historia*. Lima: Editorial Minerva, 2002. Cuarta Edición.

IRIGARAY, Luce. *Speculum de l'autre femme*. París : Minuit, 1974.

LASTRES, Juan. *Una neurosis célebre. El extraño caso de "la Mariscala", Francisca Zubiaga Bernales de Gamarra*. Lima: Libros de colección, 1945.

MÁRMOL, José. *Amalia*. Buenos Aires: Editorial Kapeluz, 1960.

MARX, Jutta. "Acerca del poder, la dominación y la violencia". Revista Feminaria [Buenos Aires] 5 (1990), págs. 15-18.

MICALE, Adriana. "Javiera Carrera: la mujer que dividió un país". En: *Todo es Historia*. Buenos Aires: 1997. págs. 8-32.

PAZ, Octavio. *El laberinto de la soledad*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1993.

RIZO PATRÓN, Carlos Neuhaus. *Pancha Gamarra, La Mariscala*. Lima: Francisco Moncloa editores, 1967.

TAMBLING, Jeremy: *Confession: sexuality, sin, the subject*. Manchester: Manchester University Press, 1990.

TRISTÁN, Flora: *Peregrinaciones de una Paria*. Santiago de Chile: Ediciones Ercilla, 1941.

VALDELOMAR, Abraham. *Obras Completas* (edición, cronología, iconografía y

notas de Ricardo Silva-Santisteban. Lima: Petróleos del Perú, 2000.

VEGA SEMINARIO, Francisco. *Bajo el signo de la Mariscala*.Lima: Ediciones Tanantinsuy, 1960.

VEGAS GARCÍA, Ricardo. *Las Presidentas del Perú*. Lima: Edición Biblioteca Nacional de Perú, 2001.

WEXLER, Berta. *Las heroínas alto peruanas como expresión de un colectivo*. 1809-1825, Cochabamba, Bolivia: Centro de Estudios Interdisciplinarios sobre las Mujeres, 2001.